

VISION DE LA VIDA RELIGIOSA HOY.

Plática del P. General a la Conferencia Dominicana de Religiosos.
(9 de marzo de 1988)

Tomado de las Noticias de Antillas (marzo 88)

V I D A R E L I G I O S A

(República Dominicana y Cuba)

Si alguien preguntase cómo va la Vida Religiosa hoy, probablemente recibiría una respuesta pesimista. Algunos dirían que la Vida Religiosa está en crisis mientras otros opinarían que, precisamente, esa crisis es señal de vida normal y aún de crecimiento. ¿De dónde proviene esa impresión negativa? - En algunos sitios las dificultades son debidas al envejecimiento, en otros al aburguesamiento.

De todas maneras hay un hecho indiscutible: la Vida Religiosa busca su lugar en medio de una Iglesia que se renueva y en un mundo que cambia.

Las religiosas y los religiosos se encuentran entre los primeros que sufren cuando la Iglesia local se divide o cuando se debate en medio de una crítica situación política o social. Pero no obstante lo dicho, basta viajar un poco, más allá de las propias fronteras, para caer en la cuenta del inmenso bien que realizan las religiosas y los religiosos a pesar de las dificultades propias de nuestra época.

Tratemos de ver más de cerca algunos de los logros de la Vida Religiosa en nuestros días. O, más bien procuremos escuchar cuanto el Espíritu del Señor nos dice de ella.

de Noticias Mexico - 123. Junio 1988

A través del Concilio Ecuménico Vaticano II, el Espíritu indica a la Iglesia que la Vida Religiosa "es un don divino que la Iglesia recibió del Señor, y que con su gracia se conserva perpetuamente" (L.G. 43). En esta forma la Vida Religiosa se inserta en la historia que Dios Nuestro Señor quiere escribir junto con nosotros. En los orígenes mismos de su pueblo, Dios le prometió su fidelidad: fidelidad a su templo y a su rey: así el pueblo de Israel contaría siempre con la ayuda indefectible de Dios.

Pero la protección y compañía de Dios no están tan sólo en la seguridad que ha ofrecido a su pueblo. Se manifiestan además en el don divino de sus intervenciones. Por ejemplo, cuando el pueblo se encierra en sí mismo, Yahvéh envía un profeta para que les abra los ojos y nuevamente vean. Así también el Señor resucitado promete su ayuda a la Iglesia, su Espíritu a los Pastores, - su Vida a los cristianos: las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia.

Pero esto no es todo: el Resucitado continúa favoreciendo a su Iglesia con dones sobre todo cuando el pueblo de Dios corre el peligro de olvidar una dimensión de la riqueza de Cristo o no recuerda la obligación que tiene de proclamar efectivamente las Bienaventuranzas a los hermanos necesitados.

Cuando en el Siglo cuarto la Iglesia se instala en una especie de "bienestar espiritual" - el cristianismo recibe un reconocimiento legal y no vive ya en un ambiente de persecución y de martirio -, surgen hombres y mujeres que experimentan el llamado de Dios para que protesten contra los compromisos y los pactos de un cristianismo instalado con "el mundo que pasa". Sienten en lo hondo de su ser la necesidad de dar testimonio, para bien de la Iglesia, de la Ciudad de Dios con nosotros, en la que radica verdaderamente el futuro del pueblo de Dios.

Es dentro de esta perspectiva de denuncia en donde hay que situar también el cuidado que tiene el Espíritu del Señor de que se cumplan todas las palabras de la Escritura, para que no sean como letra muerta sino que se encarnen en la vida de las personas y éstas se transformen. Un domingo Antonio escucha leer en la Iglesia la invitación del Señor, a dar todos los bienes a los pobres y a seguirlo. Y siente entonces Antonio que debe apropiarse esa palabra. Querrá "llegar a ser en su propia persona Evangelio para la Iglesia"

Precisamente porque el Evangelio insiste, en nombre del Señor, en la necesidad de que el amor se manifieste visiblemente a través de obras en servicio de los pobres y de los que sufren, es por lo que en la Iglesia hay hombres y mujeres que se sienten llamados a ser otros Cristos en favor de los necesitados. Todo tipo de miseria humana ha hecho que nazca en la Iglesia una familia religiosa que responda a esa necesidad. La explicación de esto no es otra que Cristo mismo que quiere ser ayudado y servido en el pobre como nos lo recuerda el Evangelio.

El nacimiento de toda forma nueva e imprevista de Vida Religiosa encuentra siempre sus orígenes en la iniciativa de Dios y en una inspiración del Espíritu. No se trata nunca de orígenes previamente calculados ni de un nacimiento programado. Habría más bien que decir que se trata de una aventura cuya -

iniciativa corresponde únicamente al Espíritu del Señor quien hace este regalo a su Iglesia.

Es precisamente eso lo que explica la increíble variedad y multiplicidad de las espiritualidades, de los servicios y de las formas de Vida Religiosa. A todo esto tenemos que añadir los nuevos movimientos espirituales: es el dinamismo del Espíritu el que desborda todas las formas, aun las mejores, para que la Iglesia tenga vida en abundancia.

Supuesto que la Vida Religiosa es ante todo un don para la Iglesia, veamos a continuación las consecuencias que se deducen de este hecho.

Ante todo, la Vida Religiosa no existe para sí misma, sino en y para la Iglesia. Sin duda el Señor nos llama a cada uno de una manera muy personal. Pero ninguno se hace religioso para su propio bien sino para la santidad de la Iglesia. Por esto corresponde a la Iglesia pronunciarse acerca de la autenticidad del don divino que se le ofrece. Sin embargo, es un hecho que las Ordenes y Congregaciones Religiosas experimentan la tentación de querer acaparar el Espíritu del Señor. En la Vida Religiosa se da la permanente tentación de marginarse de la Iglesia y de situarse a un lado de ella o aun por encima de la condición ordinaria del pueblo de Dios.

Por otra parte, existe siempre también la posibilidad de que la Jerarquía llegue a no respetar la especificidad de ese don del Espíritu. Como decía ya San Pablo, se corre el riesgo entonces de extinguir el Espíritu. A pesar de todo esto, San Ignacio de Loyola estaba convencido de que la inevitable tensión entre la Jerarquía de la Iglesia y la Vida Religiosa, no daría lugar a un conflicto permanente. Todos terminarían por reconocer al mismo Espíritu - del Señor que obra en la Vida Religiosa, vida que nace de su inspiración y que se sitúa en la Iglesia precisamente como don divino.

Precisamente una de las consecuencias de que la Vida Religiosa nazca del Espíritu, es el hecho de que no sea autónoma para decidir jamás acerca de su vida y de su muerte. Se encuentra totalmente al servicio y a la merced del Espíritu. Únicamente la Iglesia recibió seguridad de eternidad; pero éste no es el caso de familia religiosa alguna.

Por esto el Misterio Pascual, con su vida y con su muerte, está presente en todas las fundaciones religiosas. No tenemos que extrañarnos que en un momento dado el pueblo de Dios tenga necesidad de una forma de servicio de oración o de caridad distinto de los ya existentes. Por esto nosotros vemos, aun hoy día, que hay familias religiosas que nacen y mueren. La muerte de una familia religiosa no comporta necesariamente un juicio negativo, puesto que el futuro de una familia religiosa depende menos de la santidad personal de sus miembros que de la voluntad del Espíritu del Señor: es a El a quien corresponde valerse de ella para el bien de su Iglesia.

Todo esto no debe llevarnos a pensar demasiado rápidamente que la inspiración del Espíritu que está al origen de una familia religiosa se ha agotado. Frecuentemente posee en sí misma energías insospechadas para una renovación en el Espíritu. En efecto, la historia nos muestra que una familia religiosa jamás está definitivamente hecha sino que, en la medida misma en que ella es -

capaz de abrirse a la voz del Espíritu, será susceptible de recrearse continuamente.

Muchas familias religiosas han hecho esta experiencia espiritual después del Concilio. Todas esas reuniones, revisiones, diálogos y encuentros de todo tipo que tenemos -quizás a veces demasiado numerosas- en el fondo no son otra cosa sino la manifestación de esa disponibilidad para nunca poner punto final al empeño de llegar a ser constantemente ellas mismas, permaneciendo siempre en estado de fundación, mediante la gracia y la iniciativa del Espíritu.

Aun hoy en día el conjunto de la Vida Religiosa ofrece un testimonio de disponibilidad. No se trata de cambiar nuestra vida y nuestro trabajo por el prurito de cambiar. Tampoco se trata de hacer adaptaciones simplemente para responder a ciertas interpelaciones, a veces demasiado superficiales: gustos, modas o ideologías de nuestros días. Lo que importa es tener creatividad evangélica para leer así los signos de los tiempos a la luz del Señor, en su Iglesia. Es así como se responde a la interpelación del Espíritu que nos hace sentir su acción en la oración de discernimiento. Debemos tener la osadía de aceptar que el fundamento de toda nuestra vida y actividad es la invitación que nos hace el Espíritu. Una familia religiosa capaz de entregarse totalmente como cuerpo al Espíritu de Dios y de darse con entusiasmo apotóxico, tendrá muy posiblemente asegurado su futuro.

Si hemos dicho que la Vida Religiosa es un don divino para la Iglesia, conviene preguntarnos a continuación en qué consiste ese don. En otros tiempos la respuesta más común era un servicio mayor de caridad y la forma más elevada de oración. Históricamente es indudable que la Vida Religiosa ha poseído, diríamos, casi el monopolio en el amplio campo de la caridad en nombre del Evangelio. A semejanza del Señor que se esconde en el desdichado, el religioso debería -dice Cipriano- cumplir -"las obras de nuestra justicia y de nuestra misericordia": visitándolos, dándoles de beber y de comer, rescatando a los cautivos, vistiendo a los desnudos, cuidando y dando sepultura a los enfermos y a los difuntos.

Sin limitarse a pensar únicamente en el ser físico y en sus dolores, sino en la totalidad del hombre: cuerpo y alma, las familias religiosas se empeñan también en las obras de misericordia espiritual: aconsejan, corrigen, enseñan, consuelan, perdonan, soportan y oran. Todos estos servicios característicos de la misericordia han ido adquiriendo en las diversas partes del mundo el carácter de derechos sociales. Sin embargo, es un hecho que el compromiso social en amplias zonas del mundo es todavía muy precario y aun inexistente. Tengamos en cuenta que la Vida Religiosa no es la única que se ejercita en este campo. Ciertamente ha dado frutos de generosidad, pero estos son todavía muy insuficientes.

De todas maneras, el hecho de que hoy en día son muchas y muy diversas las personas e instituciones que trabajan en el campo, de la caridad y de la asistencia, no permite que la Vida Religiosa aparezca como el único don de Dios para el servicio de la caridad.

A esto tendríamos que añadir otra constatación: tampoco las religiosas y religiosos detentamos actualmente el monopolio de la oración y de la santidad dentro del Misterio de la Iglesia. Ya en la época de los monjes de Egipto, estos admitían como cosa probable el hecho de que ésta o aquella madre de familia de Alejandría, fuese mucho más santa que todos los especialistas de la ascesis y de la oración que había entre los monjes.

El Consilio Vaticano Segundo terminó con cualquier tipo de duda que aún restase acerca de esto cuando afirma que todos somos llamados a la santidad. No podemos concebir el Evangelio como en dos compartimientos separados de manera que en el primero se encontrasen una serie de exigencias exclusivas para los laicos y, en el segundo, estuviesen contenidas las que son exclusivas de los religiosos. El Señor invita a todos a orar sin cesar, todos son llamados por El para que sean perfectos como el Padre que está en los Cielos.

La vocación de todos a la santidad se hace sentir hoy gracias a la Vida Religiosa. Nuestras reuniones y nuestros tratos con otros, nos ayudan a descubrir el gran número de especialistas de la oración que hay aun fuera de las comunidades religiosas. El ministerio de la caridad y de la oración tiene todavía hoy en día una connotación desde el punto de vista del lenguaje que otorga a la Vida Religiosa un cierto privilegio, una especie de "más", dentro del conjunto del pueblo de Dios. No es fácil cambiar o suprimir ese acento, pero en todo caso, y a pesar de eso, es innegable la Vida Consagrada es un don divino para la Iglesia.

La traducción en lenguaje humano de lo que el Consilio Vaticano Segundo atribuye específicamente a la Vida Religiosa, es muy sobria: "seguir más de cerca al Señor". A partir de esta realidad es como puede llegar a ser un signo capaz de ejercitar un influjo eficaz en los demás miembros de la Iglesia para que cumplan con valor y generosidad los deberes propios de la vocación cristiana (L.G. 44).

En cuanto don ofrecido a la Iglesia, la Vida Religiosa no es un ejemplo de santidad o de caridad. Este don es ante todo un signo. No sólo la religiosa y el religioso no son automáticamente y por el hecho de serlo, mejores que sus hermanas y hermanos en Cristo, en lo tocante a la oración y a la caridad. Tampoco su vocación religiosa ha sido recibida para que se conviertan en el modelo único o en la perfecta realización del Evangelio. No se trata simplemente de que sean vistos o imitados. Lo que importa es que sean percibidos como un signo de que el pueblo de Dios no posee aquí en la tierra su ciudad permanente sino que está en camino en búsqueda de la ciudad futura.

A partir de su especial razón de ser en la Iglesia, ésta espera del don que ha recibido, que la Vida Religiosa manifieste a los ojos de todos los creyentes que el Reino de los cielos está ya presente, aquí y en nuestro tiempo; el testimonio de la existencia de una vida nueva, que gracias a la Pascua de Cristo, ha de durar eternamente. En otros términos, el anuncio de la resurrección y del Reino que ha de venir en plenitud. El Espíritu suscita sin cesar en la Iglesia nuevas formas de Vida Religiosa que enriquecen. Así recuerda al pueblo de Dios que su ciudad permanente

por medio de liberaciones llevadas a efecto en este mundo, anunciará y preparará real y tangiblemente la perfecta liberación que consiste en el Reino de Dios que vendrá. En la medida misma que la Vida Religiosa es un signo y memorial del Reino futuro, ha de colaborar eficazmente con tantas otras fuerzas como hay en la Iglesia y en el mundo, para que se encarne y sea una realidad el amor del Señor pobre por los pobres.

Aquí se hace sentir claramente la especificidad de la Vida Religiosa: en nombre del Espíritu del Señor, en pleno conocimiento de la urgencia de un compromiso sin transacciones en favor de la promoción de la justicia y en favor de los pobres, recuerda, a ejemplo del Señor, que hay un más allá de la angustia socioeconómica que combatir, y que hay algo más en el pobre que su bienestar y sus derechos; es decir, el ser ciudadano del Reino de los Cielos por toda la eternidad.

Este aspecto peculiar de la Vida Consagrada aparece en la vida de todos los días afirmado también desde otro ángulo: frecuentemente las familias religiosas se ocupan de las personas pobres que desde el punto de vista de otros movimientos ideológicos, interesan bien poco. Además, en muchas ocasiones, los religiosos toman la voz de aquellos que no pueden expresarse, precisamente porque nadie más tiene la osadía de hablar en nombre de los que están silenciados. En una palabra, el compromiso de la Vida Religiosa con los pobres en nombre del Reino que vendrá, se caracteriza siempre por la gratitud del amor de Cristo. El Señor sabe darse sin reservas y no exige recompensas como contrapartida de su entrega a los demás. Y esto, porque el don que el Señor hace de sí mismo manifiesta la plena libertad del Espíritu que lo acompaña.

Habiendo señalado lo característico de la Vida Religiosa como un don de Dios para la Iglesia, digamos a continuación una palabra acerca de esta Iglesia en la que también se hace siempre sentir el Espíritu de su Esposo.

El Concilio Vaticano precisó que la Vida Religiosa no forma parte de la estructura jerárquica de la Iglesia. La organización Jerárquica se compone de clérigos sacerdotes y de cristianos laicos. Estos no quiere decir que la Vida Religiosa no sea parte de la vida de la Iglesia. El Concilio había precisado con claridad que todos y cada uno de los cristianos están llamados a la santidad. Sólo después de afirmar esto, pasa a hablar de la Vida Religiosa e indica que ésta es un bien precioso por su relación con la totalidad del misterio eclesial.

La Vida Religiosa está enraizada en el bautismo, la confirmación y la eucaristía, sacramentos estos que son comunes a todos los cristianos. De ahí precisamente, su capacidad y posibilidad de advertir a todos los fieles que de tal manera abrazan los proyectos humanos, que deben estar siempre atentos para no ir a olvidar que la única piedra angular sobre la que se basa la auténtica construcción del hombre y del mundo es Cristo.

Indudablemente la Palabra de Dios se hace sentir en toda la Iglesia para anunciar la riqueza inagotable e insondable del amor de Dios a través de su Espíritu en Cristo. Pero el bien mismo de la Iglesia, exige que se manifieste visiblemente esa riqueza del amor de Dios. Pues bien,

en el pueblo de Dios hay hombres y mujeres -los religiosos y religiosas- que, sin que nadie hubiese podido antes preverlo o condicionarlo, se reúnen para compartir su vida y oración para formar así comunidades en nombre del Señor. Lo hacen conscientes de la gracia y del perdón recibidos. Y este hecho es de suyo más elocuente que las solas palabras del mandamiento del amor tantas veces proclamadas y escuchadas en la Iglesia.

Este signo es todavía más notable cuando esas comunidades viven en plena solidaridad con las condiciones de aquellos con quienes conviven y cuando se exponen a los desafíos y a los llamados urgentes de los demás se convierten entonces en auténticos testigos de las bienaventuranzas dirigidas a los pobres y a los desdichados.

Si el Señor en su vida terrena se hubiese limitado tan sólo a hablar, si no hubiera sanado a los enfermos y multiplicado los panes para los que tenían hambre, y transformado el agua en vino para ayudar así a quienes estaban en una situación incómoda, entonces la razón de ser de la Vida Religiosa sería únicamente la utilidad desde el punto de vista humanitario y social. Pero precisamente porque es característico de la riqueza del Señor que ha inaugurado el Reino, no solamente el construirlo a través de la palabra liberadora sino también mediante gestos de curación, capaces de poner nuevamente al hombre de pie y afrontar aun a la muerte, la Vida Religiosa encuentra en la manera como Cristo llevó a cabo su misión, el fundamento primero e insustituible de la actividad educativa, caritativa y social que adelanta.

El Santo Padre ha afirmado repetidamente que la Iglesia tiene también urgente necesidad del testimonio de esa otra riqueza del Señor que es la contemplación y la vida de oración. Vemos así como la Vida Religiosa tiene una misión apostólica eclesial para el bien mismo del pueblo de Dios. La lleva a cabo de manera múltiple: sea cuando se consagra totalmente a la contemplación, sea también cuando se entrega al servicio pastoral, social o de asistencia.

La Iglesia en un documento oficial: "Mutuae Relationes" indica como consecuencia de cuanto se ha dicho, a los Obispos y a los sacerdotes que apoyen con convicción a la Vida Religiosa. Les dice que sean educadores de las vocaciones y firmes defensores del carácter específico de las familias religiosas tanto a nivel espiritual como apostólico. De parte suya, las familias religiosas -que son un don para la Iglesia y no para sí mismas- han de esforzarse por vivir explícitamente en comunión con la Iglesia, buscando el conocimiento mutuo y procurando un servicio apostólico cada vez más auténtico, y todo esto, permaneciendo fieles a su carisma específico.

La Vida Religiosa no ha de tener únicamente una relación con el clero sino también con el laico cristiano. Todo bautizado debe proclamar en su vida que el mundo no puede ser transformado sino por la Pascua, es decir, por la pasión y resurrección de Cristo. La Vida Religiosa no es la única que participa de la Pascua. Esta ha de realizarse en cada uno de los -- cristianos: sacerdotes, laicos, religiosos.

Sin embargo, gracias a esos valores fundamentales de la Vida Consagrada que son la pobreza, castidad y obediencia -aun a veces vividos con imperfecciones y dificultades- la Pascua, con todo cuanto de muerte y de resurrección conlleva, se va haciendo presente en los niveles esenciales y característicos de la vida de todos los días: amor, trabajo y libertad. Cuando la Vida Religiosa da testimonio en esta forma de la impaciencia cristiana en relación con el Reino que ha de venir, -como lo suplicamos a diario en el Padre Nuestro- presta a los laicos un gran servicio.

Pero dentro de esta línea testimonial hay que decir también que el laico a su vez, ofrece a las religiosas y religiosos un valioso aporte. Estos tienen que combatir a diario esa especie de orgullo farisaico que tiende a llevarlos a pensar que sólo ellos son el fondo verdaderos cristianos. Casi inevitablemente el religioso se experimenta así mismo como un ser diferente y especial. Sin embargo, es un hecho que también el laico vive profundamente su vocación cristiana. Lo hace sin ostentación y sin pensar que es distinto a los demás. ¡Cuánto tiene que aprender el religioso de esa vida cristiana propia de una mayoría silenciosa!

La Vida Religiosa conoce además otra tentación: la de imaginar fácilmente que es posible una renovación brusca y completa de la humanidad y una revolución social idealizada. El laico, al igual que el Señor durante su vida terrenal, conoce el peso de las cosas, la complejidad de las situaciones y de las estructuras, el valor del tiempo. La cotidianidad de la vida lo hace realista, lo que no quiere decir que sea menos cristiano.

El idealismo característico de la Vida Religiosa -que en la medida en que permanezca evangélico es fuente de dinamismo y es capaz de hacer milagros y maravillas- tiene al menos que aprender de los laicos a valorar la realidad de las cosas. El Señor mismo supo soportar y afrontar la rutina y la complejidad de la vida y de las cosas. Por esto, el testimonio que brindan los cristianos laicos fortalece y aun precisa el que la Vida Religiosa ha de dar al laico.

A manera de conclusión: un nuevo reto se plantea actualmente a la Vida Religiosa. Por vocación, las religiosas y religiosos se caracterizan por su experiencia de comunión y de fraternidad. Hoy más que nunca, en la Iglesia y en el mundo, están llamados a ser testigos y artífices de ese proyecto de comunión que, de acuerdo con los planes de Dios, constituye la cima de la historia humana (Religieux et promotion humaine).